

Soberanía sin territorialidad

Notas para una geografía posnacional

ARJUN APPADURAI

En este ensayo se discute la crisis del Estado-nación a partir del problema de la territorialidad. Desde fenómenos como los nuevos nacionalismos, los grandes movimientos migratorios, la producción de localidades, el surgimiento de translocalidades y la fuerza de identidades transnacionales, parece ser que la idea de soberanía territorial vinculada al Estado está cada vez más alejada del concepto de nación y de sus nuevos significados en la época contemporánea. Quizá la mayor peculiaridad del Estado-nación moderno fue la noción de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de singularidad étnica.

En un trabajo anterior argumenté que debíamos comenzar a vernos más allá de la nación¹. En este ensayo me propongo ahondar en ese argumento, poniendo bajo la lupa una dimensión tributaria de la forma de nación moderna: la territorialidad. Reconozco, con Anderson², que la nación es algo imaginario, pero también entiendo la contraparte crucial de su punto de vista: que es la imaginación lo que tendrá que llevarnos más allá de la nación. Por lo tanto, lo que viene a continuación es un trabajo crítico de la imaginación que reconoce la dificultad, muy bien expresada por Shapiro, de construir geografías morales «postsobranas»³.

Después de los acuerdos relacionados con los tratados de paz de Westfalia de 1648, el principio embrionario de la soberanía territorial pasó a ser el con-

ARJUN APPADURAI: profesor de Antropología en la Universidad de Chicago.

Nota: Este trabajo fue publicado en *Novos Estudos* N° 49, 11/1997, Cebrap, San Pablo, pp. 33-46; y originalmente lo ha sido en P. Yeager (ed.): *The Geography of Identity*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, pp. 40-58.

1. Arjun Appadurai: «Patriotism and Its Futures» en *Public Culture* 5(3), 1993, pp. 411-429.

2. Benedict Anderson: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.

3. Michael J. Shapiro: «Moral Geographies and the Ethics of Post-Sovereignty» en *Public Culture* 6(3), 1994, pp. 479-502.

Palabras clave: globalización, Estado-nación, identidades, territorialidad, nacionalismos.

cepto fundamental del Estado-nación⁴. Muchas otras nociones influyeron en la autoimagen y autonarrativa culturales posteriores, entre ellas ideas sobre el lenguaje, el origen común, la sangre y otras concepciones del *ethnos*. Sin embargo la justificación política y jurídica y la base del sistema de Estados-nación es la soberanía territorial, por más complejas que sean sus connotaciones y por más delicado que sea su manejo en los escenarios postimperiales⁵.

Nacionalidad y localidad

Mientras el nacionalismo (sea lo que ello signifique) está dando señales de recrudescimiento, el Estado-nación moderno, como una organización compacta e isomórfica de territorio, *ethnos* y aparato gubernamental, está atravesando una crisis de envergadura. En otros trabajos presenté mi opinión sobre las condiciones transnacionales de esa crisis⁶, mi evidencia sobre el surgimiento de importantes formaciones sociales no nacionales y ciertamente posnacionales⁷, y una perspectiva de la producción globalizada de localidad en el mundo contemporáneo⁸. No voy a volver ahora sobre esas observaciones previas, pero voy a parafrasearlas en los párrafos siguientes porque son el antecedente de los argumentos que plantearé aquí⁹.

La producción de localidad¹⁰, como una dimensión de la vida social, como una estructura de sentimiento, y en su expresión material en la «copresencia» viva¹¹, enfrenta dos dificultades en todo orden posnacional. Por una parte, la

4. En muchas fuentes se discute la importancia de ese momento. Una discusión interesante se encuentra en Hans Gross: *Empire and Sovereignty: A History of the Public Law Literature in the Holy Roman Empire, 1599-1804*, University of Chicago Press, Chicago, 1973. Gross ubica los tratados de Westfalia en el contexto de una discusión más amplia de la evolución del derecho público en el Sacro Imperio Romano en los siglos XVII y XVIII.

5. Para una interesante discusión del principio de la soberanía territorial en el marco del derecho internacional, y sus excentricidades durante y después del gobierno colonial en Africa, v. Malcolm Shaw: *Title to Territory in Africa: International Legal Issues*, Claredon Press, Oxford, 1986.

6. Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference in the Global Economy» en *Public Culture* 2(2) 1990, pp. 1-24.

7. Arjun Appadurai: «Patriotism and Its Futures», cit.

8. Arjun Appadurai: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.

9. El presente texto refleja un momento de transición entre dos extensos proyectos de investigación, uno centrado en la dinámica cultural del movimiento de la cultura global, y otro, que apenas comienza, sobre la relación entre la teoría social liberal y la idea moderna del Estado-nación. En muchos sentidos se trata apenas de un trabajo preliminar, y no aborda algunos problemas importantes afines. En el presente ensayo se omiten dos grandes áreas que son relevantes para esta discusión. La primera es la relación entre la crisis de la soberanía territorial que describí en otros trabajos y las acciones del capitalismo colonial en las ex-colonias de Africa, el Medio Oriente y Asia. También está la cuestión histórica más amplia de hasta dónde la crisis que describí ha sido siempre parte de la historia del Estado-nación occidental, tanto en la esfera de la teoría política como en las acciones materiales y actuales de las formaciones nacionales. Estos son asuntos que considero de gran importancia y que me propongo tratar en un trabajo futuro sobre el tema.

10. *Ibid.*

11. Deidre Boden y Harvey L. Molotch: «The Compulsion of Proximity» en R. Friedland y D. Boden (eds.): *NowHere Space, Time and Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1994.

producción de localidad desafía el orden y el sentido del orden del Estado-nación. Por otra, la movilidad humana en el contexto de la crisis del Estado-nación estimula el surgimiento de *translocalidades*. Más adelante abordaremos esa doble dificultad.

La labor de producir localidades, en el sentido de que estas son mundos existenciales constituidos por asociaciones relativamente estables, historias relativamente conocidas y compartidas, y espacios y lugares recorridos y elegibles colectivamente, muchas veces está reñida con los proyectos del Estado-nación. En parte eso se debe a que los compromisos y pertenencias que caracterizan las subjetividades locales (algunas veces mal etiquetadas como «primordiales») son más apremiantes, continuos y a ratos más perturbadores de lo que puede permitirse el Estado-nación. Se debe también a que los recuerdos de los sujetos locales y sus apegos a sus vecindarios, a los nombres de las calles, a sus paseos y refugios callejeros favoritos, a sus momentos y lugares para congregarse y escapar, en varias ocasiones están en desacuerdo con la necesidad del Estado-nación de mantener una vida pública regulada. Por otro lado, en la naturaleza de la vida local está el desarrollo parcialmente contrastado respecto de otras localidades, produciendo unos contextos propios de otredad (espacial, social y técnica), contextos que tal vez no satisfagan las necesidades de estandarización espacial y social que son un requisito del sujeto-ciudadano moderno.

Paradójicamente, para el Estado-nación los movimientos humanos característicos del mundo contemporáneo son una amenaza tan peligrosa como los apegos de los sujetos locales a la vida local. Las formas de circulación humana características del mundo contemporáneo amenazan el isomorfismo de gente, territorio y soberanía legítima que constituye la carta normativa del Estado-nación moderno. Hoy en día se reconoce ampliamente que la movilidad humana es un aspecto más definitivo que excepcional de la vida social del mundo en que vivimos. El trabajo, tanto el más sofisticado e intelectual, como del tipo más humildemente proletario, impulsa a la gente a emigrar, a veces más de una vez. Las políticas de los Estados-nación, en particular las dirigidas a poblaciones consideradas como potencialmente subversivas, crean una máquina de movimiento perpetuo donde los refugiados de una nación se mudan a otra, creando ahí nuevas inestabilidades que causan a su vez más intranquilidad social y por lo tanto más migraciones por motivos sociales¹². Por consiguiente, las necesidades de producción «de gente»¹³ de un Estado-nación pueden significar desasosiego étnico y social para sus vecinos, originando círculos viciosos de limpieza étnica, migración forzada, xenofobia, paranoia estatal y más limpieza étnica. Europa oriental en general, y Bosnia-Herzegovina en particular, son tal vez los ejemplos más

12. A. Zolberg, A. Sahrke y S. Aguayo: *Escape from Violence: Conflict and the Refugee Crisis in the Developing World*, Oxford University Press, Oxford, 1989.

13. Etienne Balibar: «The Nation Form: History and Ideology» en E. Balibar e I. Wallerstein (eds.): *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Verso, Londres, 1991.

trágicos y complejos de tales procesos de dominó Estado/refugiados. En muchos de esos casos, individuos y comunidades enteras entran en guetos, campos de refugiados, campos de concentración o reservaciones, de donde muchas veces nadie se mueve.

Otras formas de movimiento demográfico se crean por la existencia o la promesa de oportunidades económicas (esto es cierto para gran parte de la migración asiática hacia los países petroleros del Medio Oriente). Otras son creadas por grupos de trabajadores especializados en constante movimiento (soldados de las Naciones Unidas, técnicos petroleros, especialistas en desarrollo, trabajadores agrícolas, etc.). Otra forma más de movimiento, particularmente en el África sub-sahariana, se relaciona con sequías y hambrunas, muchas veces unidas a alianzas calamitosas entre Estados corruptos y organismos internacionales oportunistas. En otras comunidades la lógica del movimiento la proporcionan las industrias del tiempo libre que crean sitios de turismo en todo el mundo. La etnografía de esas locaciones turísticas apenas está comenzando a escribirse en detalle¹⁴, pero lo poco que sabemos nos sugiere que muchas de ellas crean condiciones complejas para la producción y reproducción de localidad, en donde nexos matrimoniales, laborales, comerciales y de tiempo libre entrelazan poblaciones circulantes con varios tipos de «locales», para formar localidades que en un sentido pertenecen a Estados-nación particulares, pero que desde otro punto de vista son lo que podríamos denominar *translocalidades*.

Las translocalidades vienen en muchas formas distintas y, como una categoría emergente de organización humana, merecen una atención esmerada. Las zonas fronterizas se están volviendo ahora espacios de circulación compleja y cuasi legal de bienes y personas. La frontera entre Estados Unidos y México es un ejemplo excelente de un tipo de translocalidad. En forma similar, muchas zonas turísticas podrían describirse como translocalidades, aun cuando nominalmente puedan estar dentro de la jurisdicción de Estados-nación particulares. Todas las zonas de libre comercio son hasta cierto punto translocalidades. Por último, todo gran campo de refugiados, albergue de inmigrantes o vecindad de exilados o de manos de obra extranjera, es una translocalidad.

Muchas ciudades se están convirtiendo en translocalidades sustancialmente divorciadas de sus contextos nacionales. Tales ciudades se dividen en dos tipos: los grandes centros económicos, tan profundamente involucrados en el comercio exterior, las finanzas, la diplomacia y los medios de comunicación que se han transformado en islas culturales con referentes nacionales muy débiles. Como ejemplos de este tipo de ciudad tenemos a Hong Kong, Van-

14. El trabajo de Jacqueline McGibbon, del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, quien está realizando un estudio de la aldea de St. Anton en los Alpes tiroleses, me ha estimulado a pensar en las complejidades de la reproducción cultural en translocalidades turísticas.

couver y Bruselas. Por otro lado hay ciudades que se están tornando también en translocalidades ya sea a causa de los procesos económicos globales que las unen entre sí más de lo que están unidas a sus naciones, o a causa de guerras civiles implosivas, instigadas trasnacionalmente: ejemplos de este segundo tipo son Sarajevo, Beirut, Belfast y Mogadiscio. Más adelante me referiré de nuevo a la relevancia de las translocalidades.

Voy a proponer algunas formas de examinar la situación actual del principio fundamental del Estado-nación moderno, la soberanía territorial, en el tipo de mundo que he descrito, no como un estrecho asunto legal o jurisdiccional, sino como un asunto mucho más amplio, de carácter cultural y filiativo.

Soberanías móviles

En todo el planeta está creciendo el problema de los inmigrantes, los derechos culturales y la protección estatal de refugiados, ya que muy pocos Estados tienen formas eficaces de definir la relación entre ciudadanía, nacimiento, filiación étnica e identidad nacional. En ninguna parte la crisis es tan clara como en la Francia contemporánea, donde el esfuerzo de diferenciar la población argelina dentro del país está amenazando con desmoronar el cimiento mismo de las ideas francesas sobre la ciudadanía plena, y revelar la raíz profundamente racial de la ideología francesa sobre los marcadores culturales de la identidad nacional. También en muchos otros países la raza, el nacimiento y la residencia están creando conflictos de uno u otro tipo.

Una de las causas del problema es que las concepciones modernas de ciudadanía, unidas a varias formas de universalismo democrático, tienden a exigir un pueblo homogéneo con paquetes estandarizados de derechos, pero las realidades del pensamiento etnoterritorial en las ideologías culturales del Estado-nación demandan que se discrimine entre diferentes categorías de ciudadanos, aun cuando todos vivan en el mismo territorio. El estatus civil (o el no estatus) de los palestinos con respecto al Estado de Israel es apenas el ejemplo extremo de esa contradicción. El acomodo de esos principios encontrados es cada vez más un proceso violento e incivilizado.

Con la liberalización económica mundial llegó también una forma de liberalización cultural que invita a los ciudadanos que emigraron al exterior a reinvertir en sus naciones de origen, especialmente si todavía no han cambiado sus pasaportes. La India, por ejemplo, tiene la categoría de «Non Resident Indian» o NRI (ciudadano no residente en el país). En estos momentos, con la euforia interminable por el fin del comunismo y de la economía dirigida, así como la oleada de entusiasmo por la ampliación del mercado y el libre comercio, los NRIs tienen derechos especiales mantenidos por fuerzas nacionales y regionales que buscan repatriar a la India dinero y conocimiento. Es así que bancos, Estados y empresarios privados, en su deseo de captar estos conocimientos y capitales, se comprometen a tratos especiales con los NRIs, particularmente en lo que se refiere a impuestos, derechos de propie-

dad y libertad de movimiento para entrar y salir de la India. Al mismo tiempo, en sus vidas en EEUU, numerosas comunidades indias diaspóricas están involucradas a fondo en reproducir la identidad «hindú» para ellos y sus descendientes, y en ese intento se han convertido en activos promotores de movimientos y organizaciones hindúes de ala derecha en la India. Estamos hablando de una cuestión muy compleja que habría que tratar en detalle en otra oportunidad, pero vale la pena destacar el vínculo entre la política cultural de los NRIs, que los involucra en la política comunal de la India, y la disposición de intereses estatales y capitalistas hindúes a extenderles derechos económicos extraterritoriales.

Esta suerte de paradoja territorial (derechos especiales para ciudadanos que viven fuera del territorio nacional) es parte de un conjunto más amplio de procesos geográficos posnacionales. Existe una tensión creciente entre los asuntos de la soberanía territorial y los de seguridad militar y defensa, como se observa en las campañas, a través de la ONU, demandando inspecciones *in situ* en Irak y Corea del Norte. Del mismo modo, y tal como se observa en Haití, Somalia y Bosnia, la diferencia entre guerra «civil» y guerra internacional es cada vez menos clara. Por último, algunos debates en América del Norte, Japón y Europa sobre el TLCan y el GATT indican que las «conquistas comerciales de territorios» se ven cada vez más como amenazas a la soberanía y la integridad territorial: un excelente ejemplo es el pánico de los franceses a una americanización mediada por los productos hollywoodenses. Por consiguiente, los peligros que amenazan la soberanía no siempre están relacionados con la guerra, la conquista y la defensa de las fronteras. La integridad territorial y la integridad nacional no siempre son cuestiones consistentes o simultáneas.

El Estado y los ciudadanos pueden llegar a valorar el espacio nacional en formas diferentes. Al Estado le interesan típicamente la tributación, el orden y la estabilidad general, mientras que desde el punto de vista de los ciudadanos el territorio implica derechos de movimiento, derechos de asilo y derechos de subsistencia. Por lo tanto, es preciso distinguir «suelo» de territorio («hijos de este suelo»). Mientras el suelo es una cuestión de discurso espacializado y originario sobre la pertenencia, el territorio trata de la integridad, el deslinde, la vigilancia y la subsistencia. A medida que se abren fisuras entre el espacio local, el translocal y el nacional, el territorio, como base de la lealtad y el afecto nacional (a lo que nos estaríamos refiriendo cuando hablamos del «suelo patrio»), está cada vez más divorciado del territorio como lugar de la soberanía y el control estatal de la sociedad civil. La jurisdicción y la lealtad están cada vez más separadas: un mal presagio para el futuro del Estado-nación en su forma clásica, donde se supone que ambas dimensiones son coincidentes y se sustentan mutuamente.

No todos los aparatos estatales se preocupan por la integridad territorial en la misma forma ni por las mismas razones. En algunos casos el pánico estatal se relaciona con grandes e inmanejables poblaciones de refugiados: la

presencia de cantidades de afganos ilustra ese tipo de inquietud en el caso del gobierno de Pakistán. Otros Estados se preocupan por las fronteras, a las que pueden ver como membranas imperfectas que dejan pasar extraños y productos indeseables, mientras refrenan a trabajadores y turistas legales. La frontera entre EEUU y México es evidentemente de esta clase, con capacidades osmóticas (para filtrar los tipos incorrectos de bienes y servicios) que hoy parecen imperfectas. Otros Estados se interesan menos por la vigilancia de las fronteras, y centran su atención y energías en vigilar y santificar ciudades, monumentos y recursos en los centro urbanos del régimen. Algunos Estados se preocupan por violaciones comerciales del territorio; otros, más por la gente o las enfermedades o la contaminación política. En la nueva Sudáfrica, los asuntos del territorio están unidos a la reclamación de valiosas tierras de cultivo previamente monopolizadas por la minoría blanca, y a la rehabilitación de las vastas barriadas que antes estaban destinadas a ser recintos mínimos para los negros y ahora se ven como el espacio vital de una mayoría poseedora de derechos civiles. Esas variaciones en las ansiedades estatales en cuanto al territorio tienen mucho que ver con otros aspectos de la seguridad, la capacidad de supervivencia del Estado y la diversificación de recursos para la sociedad civil, que no podríamos entrar a discutir en este artículo.

Para muchos ciudadanos de un país, las cuestiones prácticas de la residencia y las ideologías de la patria, el suelo y las raíces muchas veces están separadas, de manera que para una buena cantidad de personas los referentes territoriales de la lealtad cívica están más y más divididos entre diferentes horizontes espaciales: lealtades de trabajo, residenciales y religiosas pueden crear registros separados de filiación. Esto es muy real ya sea que la migración de poblaciones recorra distancias cortas o largas, o que esos movimientos atraviesen o no fronteras internacionales. Desde el punto de vista de la nación, existe una brecha que crece rápidamente entre los promiscuos espacios del libre comercio y el turismo —donde muchas veces no hay disciplinas nacionales rígidas—, y los espacios de la seguridad nacional y la reproducción ideológica —que pueden estar cada vez más «nativizados», autenticados y marcados en lo cultural. El Estado de Sri Lanka, por ejemplo, estimula una notable promiscuidad cultural y una falta de autenticidad en sus *resorts* playeros (ahora empujados explícitamente a adoptar un translocal estilo estético caribeño), mientras se dedica de manera intensiva a nacionalizar otros espacios, marcados cuidadosamente para establecer el desarrollo nacional «sinhala» y la memoria nacional «budista»¹⁵.

Estas disyunciones en los nexos entre espacio, lugar, ciudadanía y nación tienen varias implicaciones de largo alcance. Una es que el territorio y la territorialidad son cada vez más la justificación de la legitimidad y el poder del Estado, mientras las ideas de nación parecen estar más impulsadas por otros

15. Valentine Daniel, comunicación oral.

discursos de lealtad y filiación, en ocasiones lingüísticos, otras raciales, religiosas, *pero muy raramente territoriales*.

La cuestión de por qué el Estado y la nación parecen estar desarrollando relaciones diferentes con el territorio es crucial para el principal argumento de este ensayo y precisa cierta explicación, en principio porque no todos los Estados-nación son igualmente ricos, étnicamente coherentes, disputados internamente o reconocidos globalmente. Dado que todos los aparatos estatales enfrentan, de una u otra forma, la realidad de poblaciones móviles, flujos legales e ilegales de productos y grandes movimientos de armas a través de las fronteras, es muy poco lo que pueden monopolizar de manera realista, excepto la idea del territorio como punto diacrítico de la soberanía. Sin embargo, los Estados no están conformados para competir muy bien en lo que Monroe Prince llamó «el mercado [global] de lealtades»¹⁶: la competencia global por lealtades involucra ahora a toda suerte de actores y organizaciones no estatales y varias formas de fidelidad diaspórica o multilocal. El resultado es un desarrollo históricamente peculiar. Donde alguna vez pudo verse a los Estados como garantes legítimos de la organización territorial de mercados, sustentos, identidades e historias, ahora son más que nada árbitros (entre otros árbitros) de varias formas de flujo global. De esa forma la integridad territorial se vuelve vital para las ideas de soberanía patrocinadas por el Estado, ideas que, bien miradas, posiblemente no interesen a ninguna otra organización, excepto el aparato estatal mismo. En resumen, los Estados son los únicos actores importantes de la escena global que realmente necesitan la idea de territorialidad basada en la soberanía. Todos los demás tipos de competidores por la lealtad popular (artistas y escritores, refugiados y mano de obra inmigrante, científicos y académicos, trabajadores de la salud y especialistas en desarrollo, feministas y fundamentalistas, corporaciones transnacionales y burocracias de las Naciones Unidas) ya están desarrollando formas de organización macropolítica: grupos de interés, movimientos sociales y lealtades transnacionales ya existentes. Formaciones religiosas transnacionales (a menudo asociadas con el Islam, pero igualmente conspicuas en el cristianismo, el hinduismo o el judaísmo) son los ejemplos más espléndidos de tales lealtades¹⁷.

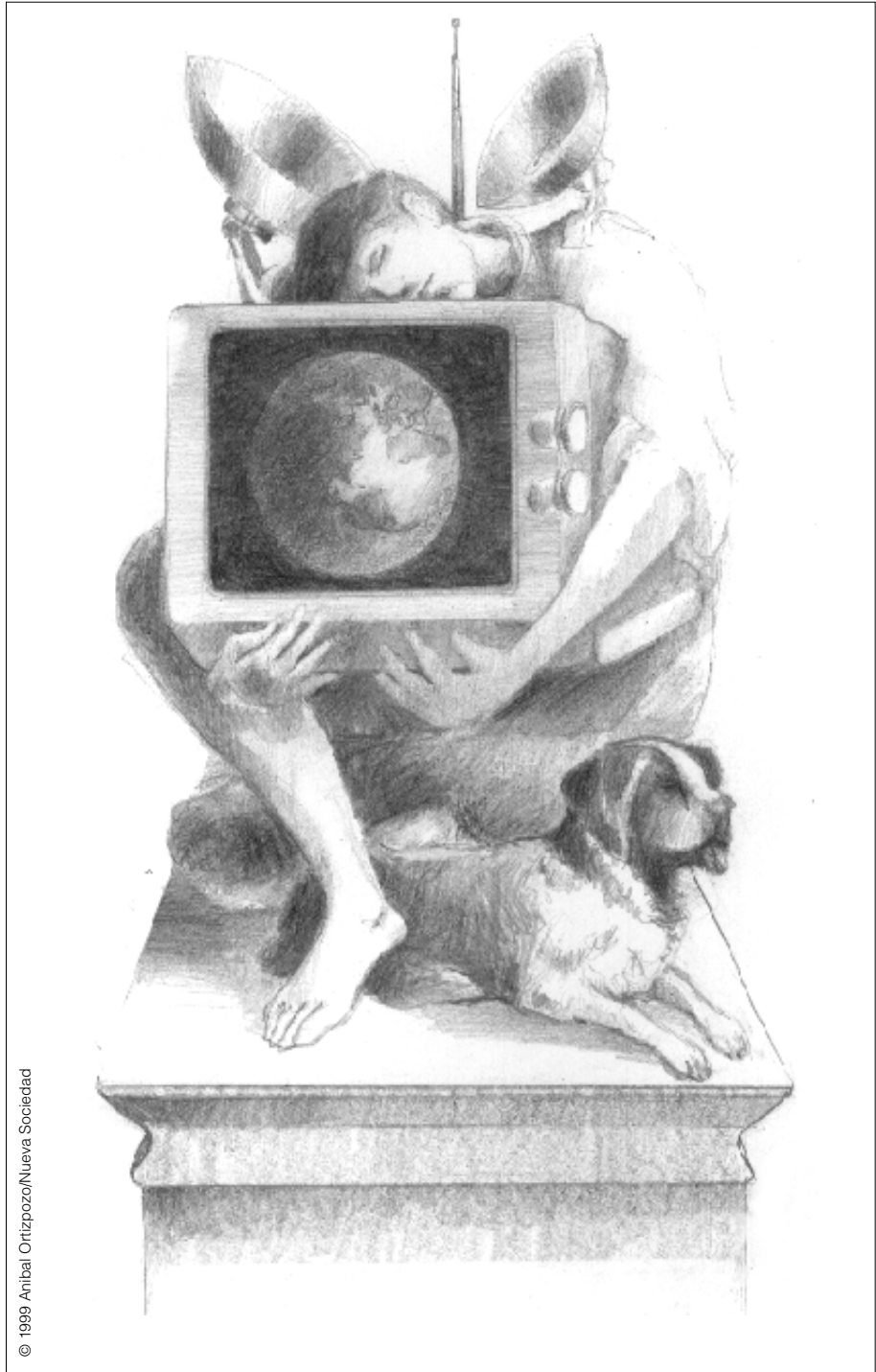
Cartografías posnacionales

¿Dónde deja esta perspectiva el guión que existe entre la nación y el Estado y que en mi opinión, argumentada en otros trabajos, es el verdadero núcleo de la crisis¹⁸? No cabe duda de que el imaginario nacional no se ha rendido fácilmente ante el surgimiento de mercados de lealtad no nacionales, trasna-

16. Monroe Prince: «The Market for Loyalties: Electronic Media and the Global Competition for Allegiances» en *The Yale Law Journal* 104(3), 1994, 667-705.

17. Suzanne Rudolph: «Religion, the State and Transnational Civil Society», presentada en el Programa de Paz y Seguridad Internacionales, SSRC.

18. Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference...», cit.



© 1999 Anibal Ortizpooz/Nueva Sociedad

cionales o posnacionales. De hecho, muchos observadores han señalado que están apareciendo nuevos nacionalismos, con frecuencia unidos al separatismo étnico y la turbulencia en el ámbito estatal. ¿Podemos explicarnos esos nacionalismos emergentes en relación con la problemática del territorio y la soberanía? Consideremos algunos ejemplos concretos de hasta qué punto los discursos nacionalistas siguen siendo canales para la ideología del nacionalismo territorial.

La búsqueda de patrias y Estados autónomos por parte de grupos tan variados como los palestinos, los kurdos, los sikhs y otros parece sugerir que el territorio todavía es vital para el imaginario nacional de poblaciones diaspóricas y distintos tipos de pueblos sin patria. Ese fue el impulso que manipuló cínicamente el gobierno blanco de Sudáfrica en el pasado para crear la idea de «patrias» para varias poblaciones sudafricanas. En realidad, en todos esos casos el territorio no es tanto el móvil tras los movimientos, sino más bien una respuesta a la presión de Estados ya soberanos que expresan su oposición a esos grupos en términos territoriales. El caso khalistano es particularmente interesante. Khalistán es el nombre que algunos sikhs de la India (y del mundo entero) le han dado a su nación imaginaria, el lugar que quisieran ver como su propio espacio nacional, fuera del control territorial del Estado indio. Khalistán no significa un simple nacionalismo separatista y diaspórico en la forma postwestfaliana clásica del Estado-nación moderno. Los sikhs que inventaron a Khalistán están usando más bien discursos y prácticas relacionados con el espacio para construir una nueva cartografía posnacional en donde el *ethnos* y el *demos* se extienden desigualmente por el mundo, y el mapa de las nacionalidades atraviesa las fronteras nacionales existentes y se cruza con otras formaciones translocales¹⁹. Este *topos* de identidad «nacional» sikh es de hecho un *topos* de «comunidad» (*gom*) que disputa muchos mapas nacionales (incluyendo los de la India, Pakistán, Inglaterra y Canadá) y contiene un modelo de una cartografía postwestfaliana.

Esa cartografía posnacional en surgimiento saldrá probablemente de una variedad de afiliaciones translocales: algunas globales o globalizantes, como en el caso de los fundamentalismos islámico, cristiano e hindú; algunas continentales, como la emergente Unión Europea; algunas raciales y antidiaspóricas, por ejemplo los discursos de conciencia «afrodiaspórica» en América Latina, el Caribe, Gran Bretaña y África²⁰, y otras involucradas con concepciones antihegemónicas de raza y espacio²¹. Ninguna de esas afiliaciones se basa en la idea de entidades territoriales separadas y circunscritas en las que se apoya la cartografía de nuestro Estado-nación actual. Más bien en

19. Debo mi toma de conciencia de las cartografías sikhs emergentes a la importante investigación que está realizando Brian Axel, del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago.

20. Michael Hanchard: «Black Cinderella?: Race and Public Sphere in Brazil» en *Public Culture* 7(1), 1994, pp. 165-185.

21. Paul Gilroy: *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Harvard University Press, Cambridge, 1993.

estas nuevas cartografías se usan contrahistorias y contraidentidades para organizar mapas de lealtad y afiliación contruidos en torno de flujos laborales históricos, solidaridades raciales incipientes y cartografías contranacionales. En muchos casos, como el de los sikhs y el de los kurdos, los movimientos contranacionales están cristalizando en formas transnacionales permanentes. Este proceso es un ejemplo del reto general que significa identificar las morfologías (y cartografías) emergentes de un orden posnacional. El rasgo más importante de esas cartografías emergentes es que no parecen necesitar reivindicaciones de territorios dispuestos horizontalmente, contiguos y mutuamente excluyentes. Con frecuencia implican mapas de lealtad cruzados y una política de copresencia territorial no excluyente. Los kurdos, los tamiles cingaleses y los sikhs pueden tener sus problemas como ciudadanos en la nueva Alemania, pero no parece que tengan dificultad con la superposición territorial de sus mapas diaspóricos en Francfort, Berlín o Hamburgo. Cuando hay incidentes de violencia en esos contextos diaspóricos, por lo general involucran asuntos sectarios dentro de comunidades de exilados o guerras extraterritoriales entre comunidades diaspóricas y sus Estados de origen²², como en los episodios de violencia entre kurdos y turcos en la Alemania contemporánea.

Como ya indiqué, es probable que las «capitales» de esta cartografía posnacional emergente se encuentren en una variedad de formaciones espaciales que quizás no tenga mucho que ver con la auto representación de Estados soberanos. Algunas de esas capitales posnacionales se encontrarán en los diferentes tipos de translocalidades a las que me referí anteriormente y éstas podrían estar formadas por dinámicas de refugiados, por esfuerzos permanentes de organizar la vida social en torno del turismo, o por efectos estructurales de las redes globales emergentes de capital y trabajo²³. Tales lugares, por lo general ciudades, tienden a tener nexos débiles con sus ambientes nacionales, y más bien se involucran integralmente con lealtades e intereses transnacionales. De más está decir que los Estados-nación muchas veces tratan de ejercer un fuerte control sobre esas ciudades y su vida cívica (como en el caso de China con respecto a Hong Kong), pero tales esfuerzos no van a poder apoyarse en el razonamiento elemental de que hay un territorio nacional al que por naturaleza pertenecen esas ciudades y sus habitantes. La relación de esos lugares translocales con la producción cotidiana de localidad como un rasgo de la vida humana²⁴ y con las cartografías cambiantes de grupos diaspóricos, nos va a exigir que reconsideremos seriamente nuestras imágenes de ciudades, espacio y afiliación territorial.

Las Naciones Unidas, que siguen funcionando como un poderoso validador del Estado-nación territorial, parecieran contradecir mi sugerencia de que la

22. Yossi Shain: *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation-State*, Wesleyan University Press, Middletown, 1989.

23. Saskia Sassen: *Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, 1991; y *Cities in a World Economy*, Pine Forges Press, Thousand Oaks, 1994.

24. Arjun Appadurai: *Modernity at Large*, cit.

base territorial del Estado-nación se está debilitando rápidamente. Sin embargo, si observamos el papel moral y material de la ONU en las operaciones de sostenimiento de la paz y humanitarias en todo el mundo, pudiera ser claro que ella misma está surgiendo como una gran fuerza transnacional en África, Medio Oriente, Camboya, Europa del Este y otras partes. Por supuesto, sus tropas son escasas, sus fondos limitados y muchas veces aparenta incapacidad para una acción decisiva; pero hasta que tengamos estudios más cuidadosos de la composición, el compromiso y la política de las fuerzas de las Naciones Unidas, sus fuentes nacionales y sus prácticas ideológicas, no sería prudente descartar la posibilidad de que la ONU esté ayudando a socavar la idea de la integridad territorial de los Estados-nación existentes. En este sentido, ya sea en Corea o en Camboya, en Somalia o Palestina, la ONU está en camino de ejemplificar la trasmutación de los recursos nacionales en intereses transnacionales de un tipo nuevo y desconcertante. Lo desconcertante en este ejemplo es que los recursos nacionales cedidos a una organización destinada a ser el vehículo de deseos internacionales están subsidiando actividades que podrían de hecho reducir el control nacional sobre un número creciente de «focos de disturbio». De esa forma la ONU, particularmente después de la Guerra Fría, se asoma como un actor por derecho propio en el mercado global de lealtad.

Hábitos territoriales

Los *tropos* territoriales para el concepto de nación persisten en parte porque nuestras ideas de coherencia cultural se han imbricado con la imagen elemental de nación. En la historia de la teoría cultural, el territorio y la territorialidad han tenido, por supuesto, un papel importante: en una forma general, la idea de que las culturas son coherentes, circunscritas, contiguas y persistentes, siempre ha estado avalada por una percepción de que la sociabilidad humana es localizada por naturaleza e incluso está ligada a la localidad. Por ejemplo, el interés de los antropólogos en las reglas de residencia y su relación con grupos sucesores y otras formaciones sociales, se basa en una apreciación constante de que las realidades territoriales de uno u otro tipo confinan y determinan a la vez los arreglos sociales. A pesar de algunos esfuerzos vigorosos de contrarrestar tales variedades de determinismo territorial²⁵, la imagen de recursos y prácticas espaciales como formas constituyentes y determinantes de la sociabilidad ha resultado persistente de manera notable. Esa idea es extremadamente explícita en algunas ramas de la ecología, la arqueología y los estudios de la cultura material, que toman las prácticas espaciales como la principal fuente de evidencia y análisis. Aunque ciertos libros como el de Robert Ardrey (*The Territorial Imperative*) ya pasaron de moda, todavía existe una percepción generalizada de que los seres humanos están condicionados a demandar espacios de lealtad como si fueran extensiones de sus cuerpos. Variaciones de este supuesto no solo caracte-

25. Marshall Sahlins: *Stone Age of Economics*, Aldine-Atherton, Chicago, 1972; y *Culture and Practical Reason*, University of Chicago Press, Chicago, 1976.

rizan la antropología, sino que están también profundamente imbricadas con la disciplina de la geografía como un componente de variados proyectos nacionales e imperiales²⁶.

La tenacidad de la tesis primordialista nos recuerda que esa manera de pensar está muy presente entre nosotros, y que en una u otra forma la hipótesis primordialista avala teorías de nacionalismo por demás diferentes. A pesar de los fuertes ataques históricos e historicistas contra esa tesis²⁷, reaparece con frecuencia en el pensamiento popular y académico sobre el nacionalismo. Quizás en ningún sitio sea tan evidente como en la reciente opinión popular y mediática sobre Europa del Este, en donde se asume que el etnocidio y el terror en Bosnia-Herzegovina son parte de una larga historia de conflicto étnico primordial, interrumpido apenas brevemente por el régimen comunista. Débil y anticientífica, esta tesis es además particularmente endeble en el asunto del territorio como parte de lo que significa el nacionalismo.

De hecho, en la Europa contemporánea el divorcio del etnonacionalismo y el territorio toma la forma de una reversión inquietante que estimula cada vez más los movimientos neofascistas en Alemania, Hungría y otros lugares. El argumento es simple: donde existen alemanes, existe Alemania. Lejos del razonamiento romántico clásico de que la sangre, el suelo, el idioma, y tal vez la raza son los cimientos isomórficos de los sentimientos de nación, aquí encontramos el argumento inverso de que la afiliación étnica genera el territorio. De esa forma, la alemanidad crea suelo alemán, en lugar de ser producida por aquél. Esta inversión es una posible –aunque no obligatoria– patología de diáspora, porque implica un proceso de re-territorialización que antecede procesos de des-territorialización. Más exactamente, es una patología de nacionalismo territorial provocada por cuestiones específicas de la ideología nacionalsocialista alemana, la historia particular de la formación del Estado en Europa después del Imperio de los Habsburgo y la tentadora contigüidad de alemanes «étnicos», separados por fronteras estatales relativamente recientes.

En general, aunque algunos nos hemos referido al mundo en que vivimos como «desterritorializado»²⁸, es necesario señalar que la «desterritorialización» genera varias formas de «reterritorialización». No toda reterritorialización es contranacionalista o nativista. La reterritorialización puede entrañar el esfuerzo de crear nuevas comunidades residenciales localizadas (barriadas pobres, campos de refugiados, albergues) que no se apoyan en un imaginario nacional, sino solo en un imaginario de autonomía local o de so-

26. Anne Godlewska y Neil Smith (eds.): *Geography and Empire*, Blackwell Publishers, Oxford, 1994.

27. Arjun Appadurai: *Modernity at Large*, cit.; J. Comaroff y J.L. Comaroff: «Of Totemism and Ethnicity» en *Ethnography and the Historical Imagination*, Westview Press, Boulder, 1992.

28. G. Deleuze y F. Guattari: *A Thousand Plateaus: Capitalism Schizophrenia*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987; Arjun Appadurai: «Disjuncture and Difference...», cit.

beranía de recursos. En tales «comunidades de tránsito» hay frecuentemente un esfuerzo de crear y defender varias formas de derechos (formales e informales; legales e ilegales) que permiten que la comunidad desplazada continúe su reproducción en condiciones inestables al garantizar un acceso confiable a los requisitos materiales de la reproducción: el agua, la electricidad, la seguridad pública, los préstamos bancarios. Con frecuencia grandes comunidades de habitantes de barrios pobres, campos de refugiados y otras colectividades construidas cuasi legítimamente desvían esos recursos de estructuras cívicas «legítimas». Muchas veces es en esas condiciones que surgen los discursos de exilio y patria, y solo raras veces (como en Alemania) esos esfuerzos de desterritorialización involucran intentos directos de extender los mapas nacionales para seguir comunidades diaspóricas. Más a menudo, como en el caso de los «ciudadanos» de la nueva Sudáfrica, esos esfuerzos son ejercicios de creación de nuevos imaginarios locales, relativamente libres de discursos de patriotismo y nacionalidad, pero abundantes en discursos de ciudadanía, democracia y derechos locales.

Existe una diferencia vital entre tales cartografías imaginadas y la cartografía de los sikhs con respecto a Khalistán y de los neofascistas alemanes sobre los Sudetes. En el primer caso, hay un esfuerzo de crear un *ethnos* diaspórico separando una patria a partir de territorios nacionales existentes (la India en el caso de los sikhs). En el caso de los neofascistas alemanes, hay un esfuerzo de extender y ampliar un *ethnos* mayoritario, que ya tiene el control de un Estado-nación territorial, a los territorios de otros Estados-nación existentes. Hay que diferenciar claramente esa extensión de un nacionalismo oficial mediante el vínculo con emigrantes, de la construcción de un nacionalismo de ruptura sobre la base de una diáspora global.

Sin embargo, esos esfuerzos diferentes de extender el imaginario territorial a situaciones de cambio político y diáspora tienen algo en común: una tendencia a usar el imaginario territorial del Estado-nación para captar y movilizar las poblaciones numerosas y dispersas del mundo contemporáneo en formaciones étnicas transnacionales. Ese esfuerzo puede crear tensión con uno o más Estados-nación, pues la lógica de la desterritorialización y la reterritorialización muchas veces genera varios tipos de relaciones de dominó locales, regionales y globales. Como sugerí antes, los ejercicios de limpieza étnica de muchos Estados-nación (en especial los dedicados a algún tipo de teología de «hijos del suelo») inevitablemente crean problemas de refugiados para sociedades vecinas o distantes, exacerbando así los problemas locales en la siempre delicada relación entre la residencia, la raza y los derechos en las sociedades modernas.

Por lo tanto, podemos ver el territorio como el problema crucial en la crisis contemporánea del Estado-nación o, más exactamente, la crisis en la relación entre el Estado y la nación. En la medida en que los Estados-nación existentes se apoyan en alguna idea implícita de coherencia étnica como la base de la soberanía estatal, están destinados a minorizar, degradar, penali-

zar, asesinar o expulsar a los que se ven como étnicamente secundarios. En la medida en que esas minorías (como mano de obra inmigrante, refugiados o ilegales) entran en nuevas organizaciones políticas, demandan una reterritorialización dentro de un nuevo orden cívico cuya ideología de coherencia étnica y derechos ciudadanos están destinados a perturbar, pues todas las ideologías modernas sobre derechos dependen, en último caso, del grupo *cerrado* (censado, estable e inmóvil) de receptores adecuados de la protección y el patronazgo estatal. De esa forma, ser ciudadano de segunda clase o de tercera clase es una condición de la ciudadanía que está inevitablemente unida a la migración, pese a todo lo plural que pueda ser la ideología étnica del Estado anfitrión y a todo lo flexible que pueda ser el alojamiento de refugiados y otros visitantes con poca documentación. Nada de eso sería un problema si no fuera porque las condiciones de la economía global, el trabajo y la organización tecnológica crean nuevas tracciones y empujes en favor del desarraigo de individuos y grupos, mudándolos a nuevos escenarios nacionales. Como es preciso reconocer esos individuos y grupos dentro de algún tipo de vocabulario de derechos y autorizaciones (por más limitados y rígidos que sean), ellos representan una amenaza para la coherencia étnica y moral de todos los Estados-nación anfitriones, una coherencia que se basa, en el fondo, en un *ethnos* tanto singular como inmóvil. En esas condiciones, el Estado como factor de empuje de diásporas étnicas está constantemente obligado a secar las fuentes de disonancia étnica que violan o amenazan con violar su integridad como una entidad territorial étnicamente singular; pero en su otro aspecto, de manera virtual cada Estado-nación moderno se ve forzado a seducido a aceptar en su territorio toda una gama de no nacionales que crean una amplia variedad de demandas territorialmente ambiguas sobre derechos y recursos cívicos y nacionales.

Así llegamos al corazón de la crisis del Estado-nación contemporáneo. A primera vista parece como si la crisis fuera una mera cuestión de pluralidad étnica, que es el resultado inevitable del flujo demográfico en el mundo contemporáneo. Sin embargo, visto con más atención, el problema no es el pluralismo étnico o cultural como tal, sino la tensión entre el pluralismo diaspórico y la estabilidad territorial, en el proyecto del Estado-nación moderno. Lo que hace el pluralismo étnico (especialmente cuando es el producto de movimientos de población dentro de la memoria reciente) es violar la percepción de isomorfismo entre territorio e identidad nacional en que se apoya el Estado-nación moderno. Lo que revela e intensifica particularmente el pluralismo diaspórico es la brecha entre los poderes del Estado para regular las fronteras, monitorear el disenso y distribuir derechos dentro de un territorio finito y la ficción de singularidad étnica en que se apoya a fin de cuentas la mayoría de las naciones. En otras palabras, cada vez es más difícil ver la integridad territorial que justifica los Estados y la singularidad étnica que valida las naciones como aspectos perennes de uno y otra. O dicho de otra forma: puesto que los Estados, los territorios y las ideas de singularidad étnica siempre son coproducciones históricas complicadas, el pluralismo diaspórico tiende a confundir todas las narrativas que intentan naturalizar tales historias.

Conclusión

He sugerido que una serie de ideas acopladas que suponíamos entrañablemente unidas se están separando gradualmente. En el título de mi ensayo denoto que la soberanía y la territorialidad, en otros tiempos ideas gemelas, tienen cada vez más vidas separadas. Esa separación se relaciona con otras disyunciones que también son cada vez más evidentes. La integridad territorial está dejando de ser una simple expresión de la integridad nacional, como lo dejan ver muy claro los privilegios de los ciudadanos de la India que viven en el exterior. Los discursos sobre la patria tienden a florecer en todo tipo de movimientos populistas, tanto locales como transnacionales, mientras los discursos sobre el territorio tienden a caracterizar los conflictos fronterizos y el derecho internacional. La lealtad muchas veces lleva a los individuos a identificarse con cartografías transnacionales, mientras los atractivos de la ciudadanía los apegan a Estados territoriales. Esas disyunciones indican que el territorio, otrora una justificación de sentido común para la legitimidad del Estado-nación, se ha convertido en el punto clave de la crisis de la soberanía en un mundo transnacional.

Sin embargo, una geografía posnacional no es algo que va a surgir de nuestras investigaciones académicas, ni siquiera de la más nueva de nuestras geografías y la más técnicamente ingeniosa de nuestras tecnologías cartográficas. Surgirá –realmente ya está surgiendo– de las actuales disputas de espacios entre grupos diaspóricos y diversos Estados que se esfuerzan por darles cabida sin renunciar al principio de la integridad territorial. Es muy difícil que ese principio sobreviva a largo plazo, pero sería aventurado acudir a algún nuevo y simple principio organizacional para la organización política de gran escala de las sociedades humanas. Quizá la mayor peculiaridad del Estado-nación moderno fue la idea de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de singularidad étnica. Esa idea utópica podría ser nuestro recuerdo más perdurable del Estado-nación moderno.

Traducción: Nora López

